

Xornalistas e duelos

Unha demanda xudicial non era o principal perigo para un xornalista no século XIX. En efecto, os traballadores da prensa vivían baixo a ameaza dun duelo, ao que podían ser retados por un lector desairado. Ramón Chao describe unha escena deste tipo na súa novela *Porque Cuba eres tú*. Chao mesmo indica que os principais periódicos cubanos tiñan salas de armas, onde os xornalistas se exercitaban perante a posibilidade dun “lance de honor” (eufemismo de duelo ao abrente). A Isidoro Araujo de Lira, polo que se ve, non lle serviu de moito. Reproducimos a continuación un fragmento da novela *Porque Cuba eres tú*, de Ramón Chao.

- CHAO, Ramón: *Porque Cuba eres tú*, Madrid: Tabla Rasa, 2005, p. 148-149.



CONSELLO DA CULTURA GALEGA

Arquivo da Emigración Galega

La noticia del desafío se extendió enseguida por todos los mentideros de la ciudad; fue causa de un considerable incremento de animación en las tertulias, las cuales siempre se prolongaban más de lo habitual durante los días previos al encuentro; no sólo por el resultado, sino por todo tipo de conjeturas sobre la técnica que iban a emplear los adversarios: si de la escuela rusa o italiana. Se desempolvaban viejos tratados de esgrima con el fin de comprobar la eficacia de las estocadas, y de tal modo se enardecían los contertulios que también ajustaban rencillas dialécticas, como cuenta Alberto Fortes: en el momento de mayor nerviosismo, un escritor de pin pan pun retó a otro que iniciaba su futuro de crítico con un artículo demoledor de la obra del primero. Sucedió lo inevitable; vale decir, que a oídos del escribidor llegó la acusación que con fundamentadas pruebas había hecho el segundo, en su ausencia, de haber plagiado a Maupassant. Echó el guante el prosista al crítico, sólo por el honor y la forma, sin voluntad de sangre ni de raspaduras. Pero a mitad de la faena el copión empezó a emplearse con inusitada dureza y el otro respondió con valor, de manera que cada uno cubrió el pecho del otro de rabiosas fistulas, hasta que una de las estocadas rozó el ojo del afrontado.

Algunos sinvergüenzas –por todos conocidos, mas nunca buscados por la policía– llegaron a concebir una institución atroz denominada por el vulgo la lotería de la muerte, que maniobraba de forma secreta. Imposible saber todo de su origen; las versiones siguen divididas entre acusaciones contra el gobierno; otras la imputaban a los gánsters que, como era manifiesto, se habían infiltrado en las instancias miniteriales de forma tal que no se podía distinguir la frontera entre uno y otros. Lo cierto es que toda suerte de loterías, como la de gallos, es desde siempre un juego habitual en Cuba.

De idéntico morbo surgieron las apuestas de duelos. Había toda clase de premios: quien iba a ganar, al cabo de cuántas fintas, por puntos, muerte o abandono. Del mismo modo que se criaban gallos de pelea, muchos desocupados vivían del ramo duelístico. Los regentes de las escuelas de esgrima disponían de personal despabilado y ladino. Por un quítame allá estas pajas retaban éstos a un anciano que desagraviaba en metálico la insolencia ingeniada, o bien aceptaba el desafío con peligro de su vida.

El número de duelos que hubo en lo poco que iba de siglo era sobrecogedor; todo hombre que se respetase, todo periodista puesto en entredicho, toda persona que tuviera una acción pública de cualquier índole sabía de memoria el Código del Honor del conde Athos de San Malato. Los encuentros se convirtieron en espectáculos que todo el mundo comentaba, a pesar de estar prohibidos, y los pendencieros se mandaban los padrinos por un sí o por un no. Casi se anunciaban en los periódicos. Se celebraban por lo general en el campo de la Bien Aparecida de La Habana. Y a tanto llegó el atractivo por esta diversión, que los principales periódicos de la capital –*Diario de la Marina, La Discusión, El Mundo...*– disponían de salas de armas y por contrato sus periodistas estaban obligados a tomar clases. Y es que por algún artículo atravesado les podía caer lo que llamaban una “cuestión personal”.